



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS

KARL Y ANNA LEONHARD FRANK

Traducción de Elena Sánchez Zwickel



errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2013

TÍTULO ORIGINAL: *Karl und Anna*

© Aufbau Verlag GmbH & Co. KG, Berlin 1990

(First published at Propyläen, Berlin 1927)

© de la traducción, Elena Sánchez Zwickel, 2013

La traductora quiere agradecer aquí la lectura de dos antiguas traducciones al español de esta obra, firmadas por Luis López-Ballesteros y Ricardo Blanco. En algunos pasajes resultaba imposible superar sus hallazgos, aunque tuvieran más de cincuenta años.

© Errata naturae editores, 2011

C/ Río Uruguay 7, bajo C

28018 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-15217-42-8

DEPÓSITO LEGAL: M-1837-2013

CÓDIGO BIC: FA

DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez y Juan Luis López Espada

para Inmedia (Cáceres)

IMAGEN DE CUBIERTA: Intimacy, Couple in an Interior with a Partition, 1898

© Félix Edouard Vallotton / Samuel Josefowitz Collection, Lausanne,

Switzerland / The Bridgeman Art Library

MAQUETACIÓN: María O'Shea

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Por encima de la lejana, muy lejana, curva planetaria que es el horizonte en la estepa, en la frontera entre Europa y Asia, surgió, más pequeño que un pájaro cantor, un punto que se aproximaba a los dos hombres a gran velocidad, pero que parecía, sin embargo, permanecer inmóvil en el mismo lugar de su azul lejanía, tan poderosamente grandes eran allí el cielo y la tierra.

A pesar de la rapidez de su vuelo, el avión tardó un cuarto de hora en hacerse reconocible como tal. Se mantenía siempre a la misma altitud y, sin embargo, parecía ascender en un vasto arco hacia el cielo.

Al volar sobre los dos hombres, a través de la centelleante atmósfera, vio el aviador una gigantesca cruz negra, cuyos brazos, de varios kilómetros de longitud, surcaban la estepa: un foso longitudinal y un foso

transversal, cavados por aquellos dos hombres en la oscura tierra esteparia.

El aviador no podía adivinar a qué fin obedecían, en la estepa inhabitada y solitaria, aquellos dos fosos en cruz. Prosiguió su vuelo hacia el oeste, siempre a igual altura, pareciendo deslizarse ahora hacia la tierra en un inmenso arco, y al cabo de un cuarto de hora se hundió de nuevo, diminuto pájaro cantor, en el horizonte de la estepa.

Los dos hombres se quedaron otra vez solos en medio de la gran soledad.

Tampoco ellos sabían a qué fin respondía aquella cruz. Suponían tan sólo que, años atrás, se había proyectado la construcción de una presa para poder inundar la estepa en un momento dado y dificultar así un posible avance de las tropas enemigas.

Prisioneros al poco de estallar la guerra, habían sido enviados a aquel lugar con una barraca móvil de chapa de cinc ondulada y provisiones, renovadas cada mes, y habían trabajado allí durante cuatro veranos sin que nadie los vigilara ni supervisara su trabajo. Habían hecho muchas y largas pausas, a menudo dormitando la mitad del día sobre la hierba esteparia, pero volviendo siempre de nuevo a la tarea. El hombre no sabe estar sin hacer nada.

Los pájaros revoloteaban sin cesar de aquí para allá en busca de alimento. Entre las miríadas de voces con-

fundidas del canto de los grillos se afirmaba un profundo silencio, como si la tierra hubiese llegado al mediodía de su vida y permaneciese ya quieta, a la escucha.

El pico cortó en dos un gusano. El hombre extrajo el pedazo enterrado y lo arrojó a lo alto. Un pájaro lo atrapó al vuelo.

—Yo dormía siempre del lado de la pared y nunca la sentía levantarse. Tanto cuidado ponía en no hacer ruido...

—Ya me lo has contado también. No te despertabas hasta que comenzaba a silbar la llave del gas.

—Sí, con un largo silbido monótono. Todos los días me proponía arreglarla, pero nunca lo hacía.

El casado continuó manejando la pala. Se había dejado crecer la barba, lo que le daba un aspecto selvático. El otro, tumbado cerca de él, mordisqueaba un tallo de hierba tras otro.

—¿Cómo puede ser que tenga el pecho blanco, blanco, y en cambio las caderas y el vientre morenos?

Y como el casado permaneciera en silencio:

—Como el bronce, dijiste.

—Cuando la posees, todo se te borra del pensamiento.

Y sólo al cabo de media hora —los pájaros habían levantado varias veces el vuelo sin razón visible, para posarse en bandada sobre otros lugares de la estepa y también en bandada retornar— continuó:

—Pero pronto hará ya cuatro años. Muchas veces no sé ya cómo es. No veo ya su cara. No la veo, Karl. Todo se va borrando. Sólo en sueños. Entonces, sí. Y tan viva que me parece poder cogerla entre mis brazos.

—Yo sé muy bien qué aspecto tiene. Toda ella. Y cómo es. ¡Toda!

—Pero no la has visto nunca. Con ese avión estaría pronto a su lado. Y eso que no está nada cerca... ¡No hay quien resista esto! ¡Cuatro años!

—Por lo menos tú tienes en el mundo a alguien que piensa en ti.

—Eso sí es verdad.

—Alguien que vive para ti. En cambio yo... cuando lo pienso... nadie, absolutamente nadie.

—Sí, me espera. A menos que haya reventado ya.

—¡No, no ha muerto! —exclamó con rápido sobresalto el hombre tumbado, y volvió luego a recostarse, perdiendo su mirada en la estepa. Veía a aquella mujer a la que nunca había visto, la veía en aquel cuartito en el que jamás había puesto los pies, limpiando el polvo de la cómoda y yendo después a la vieja otomana para estirar, inclinada sobre él, las arrugas del cobertor. Sabía que la otomana quedaba un poco de través en la habitación y conocía el color y los dibujos de aquella tela.

—Oye, Richard, dime: si tu mujer estuviese aquí ahora, ¿me la dejarías una vez?

El casado apoyó ambas manos en el mango de la pala y la barbilla sobre las manos.

—Si estuviera aquí...

Le era imposible aprehender aquella idea.

—¡Di!

Richard miró primero largamente a su compañero echado en tierra.

—Porque también tú estás en esta maldita miseria... quizá... una vez, quizá... Pero a la segunda te rompería la cabeza con el azadón.

—¿Crees que la llave del gas seguirá pitando?

La sombra de una nube avanzó sobre la tierra. El coro de grillos fue refluyendo estepa adentro hasta enmudecer. Todavía, muy cerca, un breve chirrido aislado. El último grillo calló. En el silencio absoluto, de pronto se hizo perceptible a cada uno de los dos hombres el latir de su propia sangre. A lo lejos, la estepa, inundada aún por el sol, centelleaba aquí y allá como brillante oro fundido.

La sombra de la nube palideció y se desvaneció vencida por el deslumbrante sol. El canto estival, miríadas de voces, comenzó de nuevo, ondeando de horizonte a horizonte. Ni un tallo de hierba se movía.

—Pero Anna no lo haría. No es para los demás... Ya te he contado que fui yo quien la desvirgó, y cuánto me costó. Y también te he dicho que por entonces

Anna ya tenía veintitrés años. No hay que olvidarlo... No, querido, no.

Habitualmente silencioso, lo había contado todo, sin embargo, durante aquellos cuatro largos veranos, siempre a solas con su añoranza. En el recuerdo, hasta lo más penoso, la lucha cotidiana por el pan y el cobijo, le parecía bello. Pues ahora todo era soledad, pesadumbre, severidad, presente.

Karl, su camarada en esta soledad, sabía que el colchón de la cama estaba dividido en tres partes, que las caderas de Anna describían una amplia curva ondulada, que su temperamento tenía siempre que vencer primero su pudor, que entonces demostraba ser una mujer de una pieza, pero que generalmente era tranquila, mañosa y limpia. Sabía que el atizador tenía un mango de latón y Anna tres lunares oscuros, como de terciopelo. Conocía el lugar de la estufilla y del atizador, y el de los tres lunares. En él, que no tenía nada ni a nadie en el mundo, había nacido la imagen de Anna.

—Pero ¿y si te ha engañado y está ya con otro? Cuatro años son mucho tiempo para una mujer que tiene sangre en las venas, Richard... Tú tampoco hubieras holgazaneado si entre estos hierbajos hubiese habido mujeres y no sólo grillos.

—Voy a decirte una cosa que quizá no sepas todavía. Cuando Anna y yo nos trasladamos a la ciudad y tuvimos la suerte de encontrar una casita tan apa-

ñada, la amueblamos enseguida comprando los muebles a plazos. Una semana más tarde me movilizaron.

—Todo eso lo sé también. ¡Un plazo de seis marcos al mes!

—Sí, pero cuando no sospechábamos siquiera que yo pudiera verme obligado a partir, nos dijimos que era preciso hacer un esfuerzo por mantenernos en aquella casa. Si lo conseguíamos, todo iría bien. Así que pienso que mi Anna no lo habrá olvidado. Seguramente no tenga tiempo de pensar en otras cosas. Tendrá que afanarse mucho para conservar la casa en pie.

—Quizá precisamente por eso...

—¡Para lo que a ti te iba a importar! Y lo que es a Anna, la... Pero estoy seguro de que no es capaz de algo así.

Alzó muy alto el azadón y lo dejó caer con ímpetu.

Su añoranza y el sentimiento de impotencia lo habían llevado ya muchas veces a prolongar aquella cruz inútil. También ahora le ayudó el trabajo a reprimir sus dudas.

Con dos años, Karl cogió un día el sombrero nuevo de su madre, lo adornó con dos largas cintas y, enganchándose a ellas como el caballo a las varas del coche, lo arrastró por el patio a través de los charcos. Desde entonces, el don de la fantasía le había procurado más penas que alegrías. Ahora permaneció inmóvil sobre la hierba, atormentado por las imágenes que poblaban

su cabeza, hasta que el sol se aproximó al ocaso. El azadón de su camarada proyectaba, al alzarse, una sombra gigantesca.

En el horizonte, hacia occidente, refulgía el incendio. La dorada rueda que gira eternamente no se posaba aún sobre el mismo horizonte. Ya sólo las puntas de los tallos de hierba parecían doradas. Más allá, la estepa tomaba un profundo tono verdinegro, y en el lejano horizonte oriental subía ya la noche. Los grillos alborotaban. El calor olía húmedo.

Como el cerrajero que, en la tarde de descanso, ordena su banco para el día siguiente, extrajo Richard a paletadas la tierra suelta que quedaba en lo hondo del foso, y se puso la chaqueta.

Al cabo de un cuarto de hora de marcha, las botas crujían de humedad. El cielo había palidecido. La barraca se alzaba perdida en la inmensidad gris.

A la mañana siguiente se encaminaron al campamento de prisioneros para recoger sus provisiones. Aquella jornada de marcha la habían hecho durante los cuatro veranos una vez al mes, ida y vuelta, andando uno detrás de otro. Cada vez, la hierba había vuelto a alzarse. Únicamente quedaba un sendero apenas perceptible.

Karl y Richard, mecánicos montadores los dos, eran de la misma estatura y tenían ambos la oscuridad de todos los obreros del metal.

En el campamento se disponía el traslado de un grupo de prisioneros.

—Tomaremos a uno de estos para completar el número —dijo el vigilante, y designó a Richard.

Cinco minutos más tarde, sin haber tenido tiempo de despedirse de Karl, se encontró Richard con otros prisioneros camino de la estación. Desde allí, el tren los llevó al Este durante varios días.